
EL BILINGÜISMO Y LA LENGUA VASCA

Antonio Tovar

análisis y debate



4

Se habla de lucha de lenguas, lucha a veces sin cuartel, que a menudo en la historia ha terminado con la existencia de una en beneficio de otra. Pero esta lucha es metafórica; las lenguas no son seres vivos, y los que luchan, con más o menos conciencia de esta lucha, son los hombres. El establecimiento del bilingüismo quiere significar el fin de la lucha de las lenguas, o de los hombres en pro y en contra de las lenguas.

La lucha es a veces violenta, en cuanto una lengua utiliza una situación de predominio para quitarle a la otra sus posibilidades de existencia. Otras veces, la lucha es silenciosa, y los hombres que hablan una lengua pasan a la otra aceptando su superioridad económica, cultural o política. Así se produjo la latinización de todo el Occidente de Europa, y así penetra el inglés, mediante la educación, en ciertas clases de países de lengua española.

Las lenguas de España han resistido mejor a la presión de la lengua central y oficial por la ineficacia de la Administración y por la falta de escuela nacional y popular, que fue

el instrumento de unificación lingüística de países como Francia y Alemania. Así se mantuvieron el catalán y el vasco, y en menor grado el gallego, y salvaron siglos difíciles, y por la voluntad de sus hablantes tuvieron sus renacimientos literarios, que favorecieron su prestigio.

En la España actual es tiempo de consolidar estos logros positivos, ya que en una época de destrucción de tradiciones y de toda la cultura popular, como es la nuestra, el mantenimiento de nacionalidades y lenguas es una riqueza de la que sería locura prescindir. Precisamente las consecuencias de la llegada de las masas a la cultura y de la difusión infinita de los medios de comunicación uniformadores, crean, y no sólo en España, sino en otros países, el problema de la convivencia de lenguas. Que ya no es en el seno de la cultura tradicional sino en la exigencia de que no existan analfabetos en la sociedad, y de que es incómoda para el niño la alfabetización en lengua que no sabe bien. Por consiguiente, el acceso de las lenguas vivas en el pueblo a la cultura, la educación y los medios de comunicación, exige el bilingüismo, un bilingüismo que no sea situación de lucha, sino de convivencia e igualdad, y el empleo de dos lenguas, con libertad de elección y mutua tolerancia.

Los lingüistas y educadores deberán plantearse la posibilidad de un bilingüismo basado en la igualdad de lenguas, en el derecho de cada uno a usar la propia. El ejercicio de este derecho y la mutua tolerancia son, evidentemente, más fáciles allí donde las lenguas en contacto, o en conflicto, en algún caso, son más semejantes, por tener origen común. En Cataluña, Valencia o Galicia, el común origen latino facilita la inteligibilidad mutua con el castellano. Lo que al principio constituye un obstáculo, con la costumbre se descubre que no lo es tanto, y puede ser posible, con un poco de cuidado y esfuerzo, aprender la otra lengua.

— En el país donde se ha conservado el euskera el problema es mucho más difícil. No se trata de una lengua «hermana», como lo son del castellano, el catalán o el gallego, sino de una lengua de distinto origen, con vocabulario y estructura muy distintas de las lenguas vecinas.

Podemos considerar como cosa segura que el vascuence o euskera es lengua «primitiva» en su territorio. Aún reconociendo que los límites de nuestro conocimiento están impuestos por el hecho de que la escritura es relativamente moderna, y en lo que nosotros podemos comprobar su descubrimiento y uso por los hombres no llega a 5.000 años, podemos considerar al vasco indígena en el país en que se habla. En todo el Occidente de Europa hablamos lenguas románicas o latinas (el francés, el italiano, el portugués, las antes citadas en nuestra Península) o germánicas (el alemán, el inglés, el flamenco, el sueco y las demás lenguas escandinavas). Tuvieron mucha importancia en todo el Occidente las lenguas célticas, que han quedado reducidas al país de Gales, a los últimos rincones de Bretaña, de Irlanda, de Escocia. En nuestra Península no quedan más restos que algunas palabras en nuestras lenguas actuales.

Todas estas lenguas: el latín, las germánicas, las célticas, con las eslavas, el sánscrito de la India, etc., forman una gran familia llamada indoeuropea. Pueblos de esta familia penetraron en el Occidente de Europa hace más de 3.000 años y absorbieron las lenguas anteriores, imponiendo las suyas. Podemos decir que el vasco es la única supervivencia que queda de la Europa anterior a la difusión de las lenguas indoeuropeas.

Un historiador vasco del siglo XVI, Esteban de Garibay, dice en su *Crónica y universal historia de todos los reinos de España* que «la mayor parte de nuestros autores escriben haber sido la primera lengua de España la que comúnmente llamamos vascongada, que es la que hasta nuestros siglos se habla en las regiones de la mayor parte de Can-

tabria, especialmente en las provincias de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y en parte del reino de Navarra..., hasta Francia, en las regiones que con Guipúzcoa y Navarra confinan». Se consideraba al vasco lengua matriz y propia de España. Matriz quería decir, en las ideas no discutidas entonces, una de las lenguas primitivas que resultaron de la confusión de Babel.

Esta idea tradicional, y en parte determinada por conceptos aristocráticos, evitó en general roces entre los vascos y la vieja Monarquía. La polémica surgió cuando con el éxito del Estado unitario conforme al modelo francés, en el siglo XVIII el gobierno de Madrid empezó a sentir recelos ante los privilegios que suponían los fueros en ciertos aspectos. La situación se agravó cuando la Francia revolucionaria invadió parte de las provincias vascongadas y el gobierno de Godoy hubo de tocar los inconvenientes militares y económicos. Hubo entonces una discusión entre algunos sabios que fueron movidos por el Gobierno (la Real Academia de la Historia y el escritor Juan Antonio Llorente) y algunos estudiosos vascos, en primer lugar Astarloa.

Aunque habría que estudiar en sus pormenores la historia agitada que siguió, con el desastre de la invasión napoleónica, es simbólico que los papeles de Pablo Pedro de Astarloa, el autor de la *Apología de la lengua Bascongada* (Madrid, 1803), fueran a parar a manos de su discípulo Erro, que más tarde fue ministro de Carlos V, el pretendiente carlista.

Sabemos, desde luego, que el vasco fue la lengua de los Pirineos, y rastros de él se conservaron en Cataluña y en el Alto Aragón. Palabras vascas se encuentran en inscripciones romanas de la ladera Norte del Pirineo y en alguna de Navarra. Daremos, por ejemplo, la dedicatoria en latín *Aherbelste deo*, a una divinidad cuyo nombre es, evidentemente, *ak(h)er beltz* «macho cabrío negro», según suena en euskera actual, y que corresponde al presidente de los aquelarres de la brujería en el país vasco-navarro y en otros muchos otros lugares de Europa.

El vasco ha perdido terreno, y se puede suponer que, aunque no estuviera extendido tan ampliamente como se supuso por los antiguos vasquistas, llegaba hasta la costa de Cataluña y Rosellón, a juzgar por algunos nombres de lugar, y quizá también se extendió a lo largo de la cordillera cantábrica, aunque al Oeste de Bilbao predominaron lenguas de tipo céltico desde la indoeuropeización.

Los vascos fueron incorporados, como los demás pueblos de Hispania y de Galia, al Imperio romano, pero en la crisis de las invasiones germánicas quedaron fuera de los reinos visigodo y franco, con los que luego tuvieron frontera. En la época visigoda consta de luchas frecuentes de los visigodos contra los vascones y cántabros. El mantenimiento de la lengua dependió de esa larga época de aislamiento, más completo aún porque la cristianización de los vascos fue tardía. La romanización en Occidente fue completada por la política de los reinos germánicos, que utilizaban el latín como lengua general y de administración, y por la evangelización de la Iglesia cristiana, que usaba el latín también.

De hecho, en forma no interrumpida, desde una antigüedad remota, anterior no sólo a la conquista romana, sino a las prehistóricas invasiones de celtas y quizá otros pueblos indoeuropeos, el vascuence se encuentra en su territorio. Convive desde tiempos antiquísimos con el latín, y luego con los dialectos románicos vecinos: castellano y navarro-aragonés, y dialectos occitanos, en especial el gascón, y más tarde el francés.

Para comprender el problema del bilingüismo podremos recordar la presentación que hizo del problema el gran vascólogo Resurrección María de Azkue (1864-1951), autor del

diccionario, de la gramática y del más completo *corpus* de folklore vasco. Cuando Azkue, en 1928, entró en la Real Academia Española de Madrid, aprovechó la oportunidad para reclamar que se modernizara la enseñanza en las escuelas, y para evitar que un niño vasco, deficiente conocedor del castellano, tuviera que aprender de memoria el catecismo sin entenderlo. El cuenta que ocurría alguna vez que, al estudiar en el catecismo el mandamiento de «amar a Dios sobre todas las cosas», el niño entendiera y memorizara «amarrar a Dios con todas las sogas». Ante esta posibilidad, que se daba en mil formas, a cual más disparatadas, Azkue pedía en la Academia, porque no había (era en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera) otra autoridad a su alcance: «Que los alumnos de nuestras escuelas sean racionalmente instruidos».

Esa instrucción racional es uno de los aspectos fundamentales del bilingüismo, de la escuela que parta de la existencia de la lengua tradicional del país, que no puede ser desconocida del que gobierna.

El concepto de bilingüismo surgió hacia 1958 en Inglaterra, cuando un sociólogo, Basil Bernstein, planteó, trabajando en las escuelas sobre la enseñanza del inglés, el problema de «lengua y clase social». Al principio bilingüismo no se refirió al problema de dos lenguas distintas, sino a dos distintos estratos de la misma lengua: la correcta de las clases educadas o superiores, y la incorrecta de la gente «sin educación». Muchas veces estas clases desfavorecidas son inmigrantes o gentes más o menos relegadas, por su color u origen, a las más bajas capas de la sociedad. En los Estados Unidos surgieron «socio-lingüistas», es decir, estudiosos de estos condicionamientos sociales de la lengua, y en cierto modo lo que en Europa hace casi un siglo había sido geografía lingüística, es decir, variantes en el mapa de dialectos, en los Estados Unidos, con una gran movilidad de la gente, resultaba socio-lingüística, es decir, diferenciación de estratos de la lengua, según la situación social de sus habitantes.

Este bilingüismo sociológico de W. Labov, Ch. A. Ferguson, J. A. Fishman y otros, fue aplicado muy pronto en los mismos Estados Unidos y Canadá, como también en otros países, al bilingüismo de coexistencia de lenguas, donde la relación entre las lenguas distintas puede ir acompañada de aquella discriminación social que estudiaban, en un ambiente monolingüe, los primeros socio-lingüistas. Así se habló desde entonces de «lengua dominante» y «lengua dominada» en el caso de la lengua oficial y general en el país, que ejerce su superioridad y privilegios sobre la otra. En el Canadá la fuerte minoría de Quebec, con su tradición francesa, ha impulsado mucho estos estudios. Y en Estados Unidos las grandes cantidades de «hispanos» de distintos orígenes, en especial inmigrantes de Puerto Rico, de Cuba, de México, han planteado, de diferentes formas, el estudio del bilingüismo.

Fijándonos más especialmente en España, el hecho es que las lenguas de los países que las tenían se han conservado mejor que en el resto de Europa Occidental. La vieja Monarquía de los Austrias heredó la pluralidad medieval y en general respetó las lenguas de los antiguos reinos y señoríos. El retraso y la pobreza con que se desarrolló institución tan necesaria como la escuela pública, favoreció la pervivencia de las lenguas. Puede decirse que, salvo por el servicio militar, cuando éste se implantó, el aldeano no era movido obligatoriamente fuera de su país. El atraso mantenía las diferentes culturas populares bastante intactas. Los conflictos se han avivado al tener que modernizar aspectos de la vida comunal como la enseñanza, la administración local, los medios de comunicación. En esas esferas surgen los conflictos que han de ser solucionados con el bilingüismo. En la incultura que subsiste tercamente, mucha gente tiende a creer que tales conflictos son nuevos y que han surgido después de la muerte del General Franco, que «los tenía resueltos». Resueltos con la muerte de todas las lenguas y culturas tradicionales, que en nues-

tro siglo no pueden subsistir como en los viejos tiempos de analfabetismo y cultura popular tradicional. Ahora una lengua, y una cultura, para vivir, necesita escuela, necesita administración, necesita radio y televisión. El problema ha de ser resuelto con espíritu de convivencia y mutua estima.

Los estudios de los socio-lingüistas han servido para corregir la imagen romántica y nacionalista que veía en la lengua la expresión espontánea del alma popular. Ciertamente la lengua nace y se desarrolla en el seno del pueblo, pero la lengua tiene mucho también de obra humana. Podemos imaginar cuán distinta sería la lengua castellana o española si no hubieran existido legisladores o gramáticos como Alfonso el Sabio, Antonio de Nebrija y la Real Academia de Felipe V. Los modelos oficiales del Rey Sabio, y las gramáticas y diccionarios inspirados o protegidos oficialmente han tenido una influencia enorme.

Se comprende por eso cómo se puede hacer política lingüística y cómo, según señalan la Constitución y los Estatutos vigentes en España, se puede legislar sobre la lengua y las lenguas. El bilingüismo es obligatorio en los países de España que tienen lengua propia, aparte de la general y oficial. La relación en esos territorios entre la lengua propia del país y la oficial o castellana tiene que ser de igualdad. Los socio-lingüistas han acuñado, con un sentido especial, un término, *diglossia*, que Ferguson tomó de las largas polémicas sobre la política lingüística en Grecia desde hace más de un siglo. Dominaba primero en Grecia, con alguna modernización desde su independencia, un ideal de lengua basado en el griego clásico y en la tradición bizantina, conservada por la Iglesia. A esta lengua, llamada «purificada» (*katharévusa*), se opuso, con mayor vitalidad, la llamada «popular» (*dimotikí*), basada no en la tradición, sino en la lengua hablada por la gente. Todavía en la dictadura de los coroneles griegos el gobierno se obstinaba, contra corriente, en favorecer la lengua tradicional, mientras que los partidos democráticos apoyaban la otra lengua, aceptada por todos los grandes escritores desde hace casi un siglo. Cuando se intentaba forzosamente apoyar a la lengua «purificada», se practicaba una *diglossia*, es decir, una política de humillación de la lengua viva y popular, lengua «dominada» por la otra.

En textos legales nuestros, en el Estatuto vasco, se habla de *diglossia* cuando no se concede el trato de igualdad a la lengua vasca, necesitada de especial cuidado por la tardanza con que se ha procedido en la política lingüística. Y es que llegar a evitar en el bilingüismo toda discriminación, exige que aprendamos a superar la idea de que la situación normal en un país moderno es el monolingüismo. Pero esto es un ideal que no se cumple en muchos casos.

En las actuales discusiones y recelos sobre el bilingüismo en España —que se basa en hechos, no es un programa teórico— se desconoce el respeto que la política debe a la realidad. El bilingüismo es un resto de la tradición y del predominio conservador en la política española. La Iglesia se ha opuesto siempre al desarrollo de la escuela nacional. Sólo un bilingüismo de igualdad de las lenguas, sin la superioridad de ninguna, sin *diglossia* en el sentido en que la usan los socio-lingüistas, podrá salvar la pluralidad que afortunadamente subsiste y será, en Vascongadas y Navarra, como en las demás regiones con lengua propia, la posibilidad de paz verdadera y convivencia en igualdad y justicia.